

Antonio de Cértima



Itinerario sentimental  
de los  
PORTUGUESES  
en  
SEVILLA

No [?] de Oliveira

e Silva - coação

do giro e mente de

"eferre lug",

bibRIA

Poste de Oliveira

~~Antonio de Jesus~~

Enilla

26-V. 1944

**bibRIA**



MUSEU S. PEDRO  
PALHAÇA  
NUCLEO  
ANTONIO DE CERTIMA

ITINERARIO SENTIMENTAL  
DE LOS PORTUGUESES

EN SEVILLA  
bibRIA

**bibRIA**

ANTONIO DE CÉRTIMA

ITINERARIO  
SENTIMENTAL

*de los*

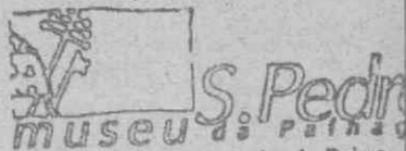
PORTUGUESES  
EN SEVILLA

**IBERIA**

*Traducción del portugués*

*por*

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ



Concelho de Oliveira do Bairro  
Distrito de Aveiro  
3770-355 Palhaça  
Portugal

## OBRAS DEL MISMO AUTOR

MARILIA, poema dramático (*agotado*)  
BODAS HELÉNICAS (*segunda edición*)  
EPOPEIA MALDITA (*agotado*)  
LEGENDA DOLOROSA (*agotado*)  
VOLUPIA DO MAR (*agotado*)  
O DITADOR (*agotado*)  
ALMA ENCANTADORA DO CHIADO  
JARDIM DAS CARÍCIAS (*agotado*)  
DISCURSO A GERAÇÃO LUSITANA  
CAMINHO DE SIEGFRIED

De próxima publicación:

*TRILOGIA ROMÂNTICA*  
ROMANCE DOS JASMINS (*Sevilla*)  
ROMANCE DAS PEDRAS (*Córdoba*)  
ROMANCE DAS FONTES (*Granada*)

TABLA DE RELACIONES

AFECTIVAS

bibRIA

bibRIA



Esta hermosa Sevilla, novia del universo en la romería de los siglos (I), — gracias al tiránico y grave sortilegio de su carne florida y de su alma indefinible, — ha sido, en un idilio aparte, casi consanguíneo, y en especial manera de sentir, la novia sin par de todos los portugueses. Por lo menos de aquellos portugueses que, fieles a la tradición via-

NOVIA DEL  
UNIVERSO —  
NOVIA DE  
PORTUGAL

---

(I) El cronista español del siglo XVI, Alonso Morgado, se refiere así en su *Historia de Sevilla*, a la fundación hispánica: «Algunos autores señalan quinientos y noventa años después del Diluvio general, y treientos y quarenta y siete después de la Población de España, y dozientos y quarenta y uno antes de la fundación de Troya, y antes del nacimiento de Christo nuestro Redemptor mil y setecientos y veynte y siete años».

jera de las Siete-Partidas, ponen en aras de Aventura los sueños del corazón impaciente, constelado ya desde el nacer por la acuciante divisa — *désir* — en cuyo febril destino se quemó aquel alto e infortunado Pedro de la Inclita Generación! (1)

Pero no sólo por razones de nomadismo europeo — lo que sería poco y sin mérito — sino por una poderosa llamada de seres que se completan y por lo mismo se sienten secretamente fascinados, el hombre de la cenefa occidental lusitana encamina sus pasos añhelantes hasta el vergel de seducciones románticas de la inefable hija de Hércules Egipcio. Con él viene un conjunto de elementos morales y metafísicos, tomados en los lentos atardeceres idiosincrásicos de la márgen del Atlántico, que halla su complemento morfológico en la viril altivez plástica de la gracia humana que aquí resplandece. La atracción está, pues, justificada: la nostalgia mesiánica del individualismo lusitano se conjuga a placer con la vitalidad ardiente del expresionismo formal an-

---

(1) El autor se refiere al Infante Don Pedro, hermano de Enrique el Navegador, llamado por los cronistas de la literatura clásica portuguesa, «de la Inclita Generación», a la que pertenecían los gloriosos Infantes, hijos del Rey Don Juan I, Maestre de Aviz. Don Pedro fué el primer gran viajero europeo de las Siete Partidas del Mundo, cuyo famoso relato parece haber sido impreso primeramente en castellano y publicado en Sevilla en el año de 1595. Se conoce una edición de Sevilla del año 1815, en 4.º, tela, Vda. de Vazquez. — *Nota del Traductor.*

daluz. (1). Y así es como Sevilla, en presencia del hombre portugués, realiza el encuentro del ilimitado idealismo del Mar con la razón pensante y dionisiaca de la Tierra. Enlace del sueño con su mito terrestre: la realidad. Don Sebastián aspirando la embriaguez de un clavel encarnado...

Una secreta misión sentimental parece, además, colaborar en la fusión de estos valores humanos y psíquicos de ambas razas, haciéndoles aceptar y admirar, en el fondo de sus éxtasis, lo que ellas, en exacta medida de pensamiento, no se perdonarían muchas veces. Al mismo tiempo, la exquisita finura del clima estético local, de una espiritualísima escala de índices emotivos y subjetivas sugerencias, contribuye mucho también a la predisposición de idolatría con que Sevilla entra en las sensaciones del viajero lírico del País de la *Saudade*. (2)

Por todas estas razones sumariamente apuntadas, queda de manifiesto que, por congenialidad y destino poético, es la *Ciudad de la Gracia* — como

---

(1) El Autor reserva para un próximo trabajo el estudio de los elementos esenciales del «andalucismo».

(2) La bella palabra *saudade* — pesadumbre y recuerdo suave de un amor, una desilusión, un deseo, una esperanza... — no tiene posible traducción exacta española en un solo vocablo equivalente. Bien haremos, pues, con asimilarnoslo, para cuando nos sea necesario expresar con esta «clave» de nuestros hermanos portugueses los sentimientos sutiles y delicados que contiene. — *N. del T.*

tan apropiadamente le llamó en suaves magias de decir el verbo brujo de José María Izquierdo — la novia predilecta del hombre portugués. Y con efecto, él es su verdadero *amant de coeur*. Otros amarán a Sevilla por sus atributos exóticos y dimensionales, incluso sólo por indicaciones de la Cook o por *spleen*, e inducidos por una falsa literatura europea buscarán aquí un excitante barroquismo de pandereta y gitanería. El portugués no. Viene solo con su alma y con sus ojos apasionados. Cuando se ama no se contempla, se siente. De este modo, su presencia no es la de un espectador que calcula y discute, sino la de un actor que se emociona y se calla. No viene a ver, viene a soñar; no comenta, analiza; no le atrae lo superficial, que fenece, sino lo esencial, que permanece. En fin, no es un viaje de turismo el que realiza a Sevilla, sino un viaje del corazón, un viaje de sentimientos, casi familiar, dirigido por una voz que se yergue en su propia sangre, tumultuosa y enamorada, donde se suceden delicadas redondillas del romancero, gritos del poema de «Doña Blanca» y heroicos cantares de torneo medieval.

Así, como el buen Amadis a la bella Oriana, la Sin Mancha, también podría él dirigir a Sevilla el dulce estribillo amoroso:

*Leonoreta, fin roseta,  
blanca sobre toda flor...*

Peró no sólo estas razones de naturaleza moral y estética motivaron las buenas relaciones, casi familiares, entre las gentes de las dos razas vecinas. En otras muchas circunstancias y actos de su vida social, política, religiosa y militar, aparecen ejemplos significativos de esta cooperación afectiva.

Sin afán alguno de divagación erudita, una breve ojeada al relance sobre vetustas páginas nos informará sobradamente acerca del contacto secular establecido entre Sevilla y las poblaciones portuguesas.

## PRESENCIA DE VIRIATO.

Y al abrir esta rápida digresión histórica, de seguro que no parecerá desproporcionado ni tachado de excesivo adorno nacionalista señalar la presencia del primer portugués en el burgo de Hispális, en la varonil figura del caudillo luso Viriato, héroe de talla antigua, cuya cepa natal ha pretendido reivindicar la Bética. Con efecto, sin conjeturar mucho, es fácil admitir que el famoso e invencible general lusitano — llamado por los propios historiadores de la gran república imperial «el terror de Roma» — muchas veces descansaría aquí de sus asombrosas correrías a través de los eriales de Calpe y Ronda, asolando los campos de Aroche a Osuna en persecución de las águilas romanas de Vetilio y Fabio Emiliano, pues bien sabido es que el país de los turdetanos fué, por razones militares, el escenario principal en que el extraordinario guerrero peninsular realizó su impresionante epopeya.

## HISTORIAL AFECTIVO

Aunque su permanencia intramuros de la *civitas* hispalense no hubiese sido un hecho consumado, la sombra de su gloria bélica se proyectó en tales proporciones sobre las llanuras y gargantas de las tierras circunvecinas o limítrofes, donde las patas de sus caballos arrancaban centellas de animales míticos, que sería delito de ciudadanía y desamor civil no citar en estas páginas su nombre en tributo de homenaje milenario. Los héroes son la más alta expresión de un pueblo y de su voluntad de eternizarse. Y fué éste un ejemplo tan puro y altivo de esa capa social que, con sus cualidades — que son las de la Grey de nuestro territorio — hizo temblar y humillar el mayor imperio político y militar de su tiempo.

## RELACIONES DE LA ÉPOCA ROMANA

La ocupación romana de la Península y del papel desempeñado por Sevilla en la administración civil y militar que Roma le confiara, contribuyeron mucho para aproximar, tanto por la identidad de intereses como por la subordinación a un orden común, a los habitantes de esta ciudad con los pueblos de la España Ulterior. El propio Julio César favoreció a Sevilla con algunas concesiones especiales y, según refiere Cornelio Tácito, el Senado otorgó a los sevillanos las mismas libertades y franquías municipales que disfrutaba Roma.

En el libro tercero de Plinio se cita el hecho de ser Sevilla una de las cuatro ciudades de la Bética en que Roma había instituido cancillerías jurídicas

para la reunión de los Pretores Gobernadores de Andalucía, Extremadura y Portugal, esto es, de la Ulterior, como escribe el historiador.

Es sabido que Sertorio, después de la muerte de Viriato (cuya sombra épica parece alimentar los ímpetus del alma igualmente gloriosa del caudillo romano), se constituyó, gracias a sus victorias contra las legiones de Sila y Pompeyo, en un estado independiente, por decirlo así, haciendo de España una nueva patria y creando en ella las instituciones políticas y senatoriales de Roma. Para lo cual, y en el designio de facilitar la tarea administrativa, divide el territorio en dos provincias — como, por lo demás, ya había sido establecido anteriormente— cambiándole las capitales: una la establece en Huesca, en el Alto Aragón, y la otra en Évora que, además, elige para su residencia y sede del Senado. Este inesperado acto político, cuyas razones, quedaron sin esclarecimiento en la historia, vino a elevar y dignificar por manera notable la importancia de la ciudad de la Lusitania, lo que debió contribuir mucho para una comunicación más asidua e intensa entre los habitantes del Bajo Alentejo y las poblaciones de la Beturia y de la Bética.

Con el emperador Constantino Magno el cristianismo inicia su ruta triunfal por el mundo. El emperador del Oriente dispone que la Península, según cuenta la *Crónica General de España*, sea dividida en seis arzobispados con las sedes en Narbona, Tarragona, Toledo, Mérida, *Sevilla* y *Braga*. Es un eslabón más en la cadena de las relaciones con las po-

blaciones de la gran patria occidental que siglos después va a nacer bajo el impulso de una tradición pronunciadamente heroica y religiosa.

**CON LOS** Mas surgen las primeras hordas del  
**GODOS** Norte. Aparecen los vándalos, alanos, suevos, silingos y hunos. Triunfan, se instalan y brillan finalmente en galas de organización social los clanes más sedentarios de los godos. Y fundan en España su primera Corte. ¿En qué urbe? En Sevilla, donde el pensamiento cristiano de la España visigótica se robustecía ya a través de la gigantesca cultura de San Isidoro, maestro de la edad media, en cuyo rolde se agrupaba una selección de intérpretes y comentadores de la sabiduría clásica entre los cuales no será osado descubrir, al lado de San Braulio y San Ildefonso, al presbítero llegado de Lusitania, Paulo Orosio, nacido tal vez en la Lusitania y no en Córcega, y al escalabitano Juan de Biclara, el cronista de Bizancio, que aquí asegurarían la fraternidad de relaciones y de cultura con el misterioso pueblo de allende las fronteras del Guadiana.



Ardían sobre la tierra de España aquellos odios incruentos que condujeron a la traición a los despechados hijos de Witiza. Muza-Ben-Noseir, capitán mauritano a las órdenes del califa de Damasco, ha-

bía dado oídos a la infidelidad de los príncipes godos y, desembarcando en Tarifa, iniciaba sus embestidas mediante los grupos desenfrenados de su caballería beduína. No se habían encendido todavía las hogueras victoriosas del Guadalete — o, con más propiedad geográfica, del Guadi-Becca. Entre tanto, el osado capitán, talaba, de salida en salida, los campos de Medina Sidonia y Jerez, y venía a poner cerco a Sevilla; mas habiendo resistido ésta desde el primer asalto, prefirió guardar incólumes sus triunfos y se dirigió a Lusitania donde atacó con denuedo la fortísima Pax Julia (Beja) que se le rindió. Siguió Muza victorioso en dirección a Mérida. Y ocurrió entonces que los cristianos de Beja, conocedores del peligro que había corrido Sevilla y no queriendo ellos tampoco soportar la ley de Mahoma, se evadieron en masa y caminaron hasta la ciudad de la Bética para traerle su auxilio militar y su aliento religioso. ¡Eran cristianos y lusitanos!

En el palacio morisco del gobernador de la ciudad de Silves vibraban los bellos versos y ardían los mismos perfumes

## UN POETA DE SILVES

enervantes de la corte «taifa» de Sevilla. Allí los había llevado el pequeño príncipe Almotámid Abenabad, adolescente poeta, cuyo espíritu se había formado, como flor voluptuosa, en esta corte de arte y placer. En aquel ambiente de deleites cerebrales fué donde un día apareció, llamado por el príncipe, el poeta Abenamar, procedente de la calle y de la pobreza, con una historia de inquietud y de locuras

personales. Y el dedo mágico de la poesía hizo el milagro; fueron luego amigos íntimos, fraternales.

Con la subida al trono de Almotámid, la ascensión de Abenamar fué rápida y brillante. De gobernador de su ciudad natal pasó a ministro de la corte, en Sevilla, donde un día, paseando con su regio protector, conoció éste a la hermosa esclava Romaiquia, llamada también Itimad, con la que se casó; y era tan coqueta, caprichosa y exigente, como sólo pudiera serlo hoy una impertinente «estrella» de Los Angeles. A este respecto, recogen los cronistas esta deliciosa y excéntrica «fantasía» de la encantadora y nerviosa Itimad: ¡querer amasar barro! Entonces el marido, que era poeta y rey, si bien en trance de desesperación, hizo conducir al patio del palacio grandes cantidades de «azúcar, canela, jengibre y perfumes, regados con agua de rosas», con lo que el bizarro capricho de Romaiquia tuvo placentera satisfacción. Abenamar, por su parte, mezclando las grandezas con las alucinaciones más imperdonables, después de una afortunada correría por Murcia — que conquistó y gobernó en calidad de visir — Lérida y Zaragoza, fué acusado de deslealtad y murió a manos del propio rey de Sevilla. Los versos en que imploró gracia habían perdido ya la virtud de las tardes hipnóticas de Silves...

Mediado el siglo XII llega a Sevilla el moro portugués, natural de Santarém, Aben-Bassan.

## Y TAMBIÉN UN VATE DE SANTARÉM

Viene desprovisto de medios de fortuna por haberle sido confiscados los bienes que poseía en el país natal. Por eso son sus versos encomiásticas loas dirigidas a los nobles y personas ilustradas de quienes pudiera recibir donativos con que acudir a sus necesidades. Fija aquí su residencia y aquí comienza a poner en orden los materiales de su notable cultura que darán de sí, entre otras, una obra de mérito principal, *Adhahira*, serie de biografías, algunas en prosa rimada, de varones doctos de España y Portugal y aun de escritores antiguos que estuvieron en la península o de los que el autor tuviese conocimiento literario.

bibRIA



## DON ALFÓN- SO IV DE PORTUGAL

Cabe hablar ahora de la presencia en Sevilla de aquel noble y esforzado rey de la primera dinastía, Don Alfonso IV, *el Bravo*. Colocado en el lucimiento de dos reinados que, por las figuras y dramas que los señalaron, crearon a su alrededor un interés sugestivo tan espectacular que absorbió todas las atenciones, todavía este monarca no mereció de la historia el estudio cuidadoso de su vida violenta y justiciera. Su estada en Sevilla, con destino a la batalla del Salado, es, por lo que ésta representa en las condiciones políticas en que fué realizada, una impresionante afirmación de la nobilísima altura de su carácter y de su aguda vehemencia en pró de la causa cristiana. Por demás le dolían en su carne de rey y de padre las heridas abiertas por la afrenta de Alfonso XI de Castilla y León repudiando el afecto de la reina Doña María por los amores ilícitos con la andaluza Doña Leonor de Guzmán. Al ver éste las naves africanas cruzar el estrecho de Gibraltar y acercarse a Tarifa, no vacila en pedir socorros a Portugal confiado en que las generosas gallardías del heroísmo no dejarían de escuchar los amargores del corazón ofendido. Dejemos a un escritor español (1) la confesión de este lance:

«Al efecto hizo que la reina Doña María, que vivía retirada en un monasterio con su hijo Don Pe-

---

(1) Joaquín Guichot, *Historia General de Andalucía*.

dro, escribiese a su padre el rey de Portugal ; quien no menos generoso que su hija, olvidando los agravios hechos a su honra, envió al rey de Castilla su flota al mando del almirante Pezano y de su hijo Carlos».

Entre tanto Abu-El-Hasan había desembarcado cerca de quinientos mil hombres con los cuales puso cerco a Tarifa. Alfonso XI se apresura a reunir a los grandes del reino en el palacio de Sevilla, decidiéndose en este consejo de gobierno que el rey de Castilla socorriese a Tarifa y pidiese auxilios a Aragón y Portugal. Dejamos también la palabra al mismo historiador :

«En su virtud comenzóse a hacer los grandes preparativos para la guerra ; y la buena y generosa reina Doña María, a solicitud de su infiel esposo, marchó a Portugal para obtener de su padre los auxilios de que tanta necesidad tenía su marido. El noble Don Alfonso IV mostróse propicio a la solicitud de su yerno, y ofreció a su hija que marcharía en persona con una hueste en socorro del rey de Castilla.»

Vino con efecto a Andalucía el noble rey portugués. Recibido fué con el entusiasmo que es fácil imaginar. A sus dignidades de monarca querría ciertamente juntar Alfonso XI el precio de su reconciliación, duplicando así las galas de la recepción con la estima que quería recuperar en el enojado ánimo del suegro, al mismo tiempo que el alma delicada y caballerosa de los sevillanos recibiría en él el abrazo leal y salvador que llegaba en tales horas de pánico. Inútilmente procuramos en los cronistas

españoles detalladas noticias acerca de este acontecimiento. Trasladamos aquí, por consiguiente, el autorizado relato de Ruy de Pina, en el propio modo clásico de la *Torre do Tombo* (1).

«El día que el Rey de Portugal hubo de entrar en Sevilla, grandes señores de su Reino que estaban en las Cortes salieron a recibirle fuera de la Ciudad, y así los Prelados con toda la Clerecía, y con las Santas Reliquias que en la Ciudad había, sin que hubiese memoria de que para algún otro Rey hubiesen sido sacadas; y puestos todos en una devota y muy solemne procesión, acudieron a recibir al Rey de Portugal; y también las otras personas de la Ciudad de baja condición, hombres y mujeres, grandes y pequeños, ricos y pobres, todos alegres con la deseada y necesaria llegada del Rey de Portugal; y sobrecogidos y temerosos de la muchedumbre sin medida de enemigos de la Fe, que contra ellos y para destrucción de la tierra de Cristianos se juntaron, y con lágrimas de gozo, llorando cantaban: *Bienaventurado sea el Rey que en nombre del Señor viene*

---

(1) *La Torre do Tombo* (libro tumbo) es el archivo nacional portugués. — En cuanto a conservar aquí el texto de la Crónica de Ruy de Pina que el autor cita, entendemos que sería crearle una dificultad al lector español que desconozca el bello idioma de Portugal, si le ofreciésemos una transcripción literal del portugués arcaico; por lo que preferimos traducir el fragmento de dicha Crónica que se inserta en el texto original, procurando conservar sin menoscabo de la claridad, el carácter de lo escrito por Ruy de Pina. — *N. del T.*

*para, con la virtud de Dios, librar al Pueblo Cristiano de las bocas de los Dragones enemigos de la Cruz de Jesucristo nuestro Señor.* Porque estando ellos tan atribulados, con llorosa voz de amargura le clamaron, y él (Don Alfonso IV) con mucha misericordia y gran tristeza los oyó que no se quiso olvidar de los clamores de los pobres y afligidos, sino que antes por sus gemidos en breve momento y poderosamente quiso levantarse y destruir a los Moros que con crueldad se proponían despedazar a los Fieles Cristianos, que por su preciosa sangre El había redimido; y sobre esto, estando los Reyes de Portugal y de Castilla en Consejo con todos los Señores de sus Reinos, que eran juntos sobre el modo como procederían ante el hecho de Tarifa; algunos, porque parecía ser mejor así, y más seguro y provechoso, aconsejaban lo que ya habían aconsejado, a saber: que Tarifa se le diese a los Moros con tal condición que ellos se tornasen luego para las tierras suyas de donde vinieron, y que sobre esto pasasen sus rehenes y buenas garantías; el cual Consejo como quiera que a la primera fuese contrario el Rey de Castilla, dijo que por las peligrosas dificultades que se ofrecerían y allí le serían más largas, y particularmente presentadas, se inclinaba ya, y que tenía por menos inconveniente perder aquella villa que poner en riesgo todas las demás, con la suerte de su persona que en la batalla se arriesgaba.

«Al cual Consejo llevando ya fundamentos de determinación y consentimiento, el Rey de Portugal, fué, con palabras que parecían divinas inspi-

radas, muy contrario, diciendo con talante seguro y con su corazón aun más esforzado: — «Yo no salí de mi Reino de Portugal para consentir que Ciudad, villa ni castillos en tierra de Cristianos donde ya estoy se pierda ni por mi honor lo consentiría; antes vine y estoy presto a ofrecer mi cuerpo a la muerte así como Cristo, cuya es esta empresa, lo hizo por nosotros, y para con su virtud y esfuerzo guerrear con fuerte corazón a estos enemigos de nuestra Santa Fe Católica, codiciosos de nuestros Señoríos; ni pienso que tenga aquí gente de mi Reino ni de mi Consejo que así no lo aprobase y tenga a bien, que por recobrar y no perder a Tarifa yo haré tanto como haría por la más principal Ciudad de mis Reinos.

«Por lo cual, viendo el Rey de Castilla y los grandes hombres de su consejo y voto, la determinación del Rey de Portugal, que parecía favorecido de la gracia de Dios, y que le producirían gran mengua si no consintiesen en su proposición, tomaron todos luego gran fuerza en sus corazones y sin más alteración asentaron en sus voluntades el Católico y devoto y muy Real consejo del Rey de Portugal, que era socorrer a Tarifa, y no rehuir sino antes procurar batalla con los Reyes Moros...»

Bien conocidos son los resultados de la reñida batalla del Salado. De como se comportó el rey portugués y del desinterés que manifestó ante la riqueza de los despojos y trofeos gloriosos abandonados por el enemigo, nos parece justo dedicar un homenaje al noble pensamiento del cronista que siempre

nos juzgó en medida de jerarquía, consignar aquí el testimonio de su pluma imparcial y cariñosa: (1)

«La escasez de subsistencias, en medio de aquella abundancia de metales preciosos, impidió a Don Alfonso seguir el alcance de los fugitivos, viéndose obligado a regresar a Sevilla, en compañía del rey de Portugal, donde fueron recibidos en solemne procesión por el clero y el pueblo reunidos para celebrar con transportes de júbilo aquel espléndido triunfo. El generoso portugués sólo quiso aceptar como recuerdo de su participación en los peligros y en la gloria de la jornada, algunas armas y arreos militares notables por su maravillosa labor, con lo cual se despidió satisfecho del rey de Castilla, que le acompañó en su viaje de regreso hasta Cazalla».

No queremos cerrar estos párrafos sin mencionar la visita hecha anteriormente a la corte de Sevilla, en el año 1269, por Don Dionis, infante todavía, a fin de obtener de Alfonso X, su abuelo, la cesación del vasallaje de su padre, Don Alfonso III, *el Bolo-nés*, a la corona de Castilla por los feudos del reino del Algarbe. El *Rey Sabio*, a pesar del juicio contradictorio de los ricos-homes de su consejo, resolvió dar satisfacción a los ruegos del futuro Rey Poeta, sellando así — ¿quién sabe? — el otorgamiento de un acto político con la amena condescendencia de una confraternización intelectual.

---

(1) Joaquín Guichot, obra cit.

## EN AQUEL TIEMPO DE MARÍA DE PADILLA...

En la elaboración de esta carta de relaciones entre Portugal y Sevilla, es nuestro objeto citar a todos aquellos cuya presencia es señalada en tal límite sin preocuparnos del uso o de las tendencias a que los hombres llevaron esta presencia.

Rehuyendo, pues, hacer crítica de costumbres u otra cualquiera, registramos en los anales de Sevilla el nombre del hombre extraño que aparece unido al período más agitado y dramático de su vida cortesana. Se trata del noble del reino Don Juan Alfonso de Albuquerque (señor de Albuquerque), que vino a Sevilla con la «hermosísima María», hija de Don Alfonso IV, y fué ayo del infante Don Pedro en la corte de Alfonso XI, y más tarde su favorito, y aun por la referencia del Canciller López de Ayala (1), padre del caballero Martín Gil, el que, con la subida al trono de Don Pedro I, fué nombrado fronterero del reino de Valencia. Figura moralmente encajada en los torvos linajes de la sociedad de la Edad Media, ahogada en odios sangrientos y luchas de las clases nobles, este Juan Alfonso, prototipo del cortesano ambicioso y sin escrúpulos, podrá acusarse de haber influido mucho con sus insensatos consejos, nunca exentos de interés personal, en los destinos de la trágica vida del infortunado rey Don Pedro. Al poco

---

(1) Pero López de Ayala, *Crónica del rey Don Pedro*.

tiempo de reinar éste, encontrándose la corte en Llerena camino de Valladolid, aparece el valido portugués para desviar el espíritu del monarca hacia el primer acto violento: el asesinato de Leonor de Guzmán realizado en Talavera de la Reina. Seguidamente, con el pretexto de una presunta rebelión, fueron ejecutados en Burgos, por instigación suya, gran número de nobles de Castilla. Con miras a fijar su situación palaciana, apoya Don Juan el casamiento de Don Pedro con Blanca de Borbón, sobrina del rey de Francia. Pero como las bodas tardan en realizarse, temiendo la aparición de cualquier adversidad que hurte al joven monarca de su influencia, no vacila en sacrificar a la hermosa doncella, su pupila, criada y educada en su casa, junto a su propia esposa, Doña Isabel de Meneses, que presenta al rey en un intento poco escrupuloso. Esta, por capricho del destino, va a erigirse entretanto en el corazón del rey y florecer, como única rosa de cariño, a lo largo de su agitada vida política: es María de Padilla!

La mano de la justicia estaba armada: a este acto de corrupción corresponde la caída de la influencia del valido, suplantada por el gran amor de aquella que él quiso perder para elevarse.

El resto de la vida de Don Juan Alfonso de Albuquerque, que sería larga de referir, es una atribulada serie de traiciones y deslealtades al rey y al reino que lo cubrieron de favores.

...Y DE LA  
ESPOSA DE  
ENRIQUE IV

En el mes de abril del año de 1455, en la perfumada atmósfera de este mes y de la voluptuosa tierra de los Califas, se realiza en Córdoba la boda de Enrique IV con la infanta Doña Juana, hermana de Don Alfonso V de Portugal, en presencia del arzobispo de Sevilla, Don Alfonso de Fonseca (¿de origen portugués?), prelados, grandes del reino y ricos-homes sevillanos. Al tercer día de celebrados los desposorios, salen para Sevilla que, para bien recibir a la real pareja, se viste de galas y dispone la realización de grandes fiestas, justas, torneos, juegos de toros y cañas y regatas en el Guadalquivir (1), en las que debió recrearse e irradiar seducción el espíritu de la joven reina, sujeta a las primeras ilusiones de su idilio, que «era muy moza y hermosa y mujer a quien placían hablas de amores», como no deja de notar uno de sus más interesados historiadores (2).

Acerca de la bellísima y morena infanta portuguesa, regia flor antes de desventura que de pecado, envuelta en uno de los más apasionados procesos de

---

(1) Diego Enriquez del Castillo, *Crónica del Rey Don Enrique IV de este nombre*.

(2) Fernando del Pulgar, *Crónica de los Reyes Católicos*, versión inédita de Juan de Mata Carriazo.

También el escritor moderno e historiador, J. E. Martínez Ferrando, en la obra *Tragedia del Insigne Condestable Don Pedro de Portugal*, se refiere así a la reina: «Era Juana mujer de gran viveza y gracia personal.»

la historia, han corrido ríos de tinta de las aceradas plumas de los cronistas, desde Alfonso de Palencia, Enriquez del Castillo, Mosén Diego de Valera, Fernando del Pulgar y Sitges, para citar sólo autores españoles, hasta los modernos estudios de Marañon y Antonio Bermejo de la Rica. Entre las acusaciones de una crítica a veces desleal y siempre despiadada, merecen especial atención las palabras de respeto y rehabilitación histórica con que el Dr. Gregorio Marañon alude en su trabajo (1) a la figura moral de la *Beltraneja*. El pecado de la corte de Enrique IV fué una piedra negra más que pesó en el destino de la desdichada hija de Don Duarte y de Doña Leonor de Aragón.

# bibRIA

La última década del siglo XV  
hacia de esta orilla del Guadal-  
quivir como un atrio de una  
gran representación mítica : por aquí paseaban, abier-  
tos los ojos a las nuevas constelaciones, y las mentes

LA EPOPEYA  
MARÍTIMA

---

(1) Gregorio Marañon, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*.

extasiadas por el cuento de la Gran Aventura, hombres de armas y menestrales, ricos palatinos y varones de extraño saber, dados a las nuevas artes del mar y de los cielos nocturnos — cielos y mares ignotos, obligados a descubrir su misterio por la perseverancia heroica y la razón científica de la empresa lusitana.

Sevilla se integraba, con efecto, en la grandeza universal creada por Lisboa. España y Portugal se daban las manos, sobre el mundo, junto a las estrellas, junto a Dios!

Las relaciones entre las dos ciudades salieron, pues, de la estrecha medida de las formalidades fortuitas hacia las proporciones de un acontecimiento cósmico. Más tarde unos famosos versos de Camoens forjarían la cadena en que las dos urbes hermanas ceñirían la rectoría cesarista de los hemisferios. (1)

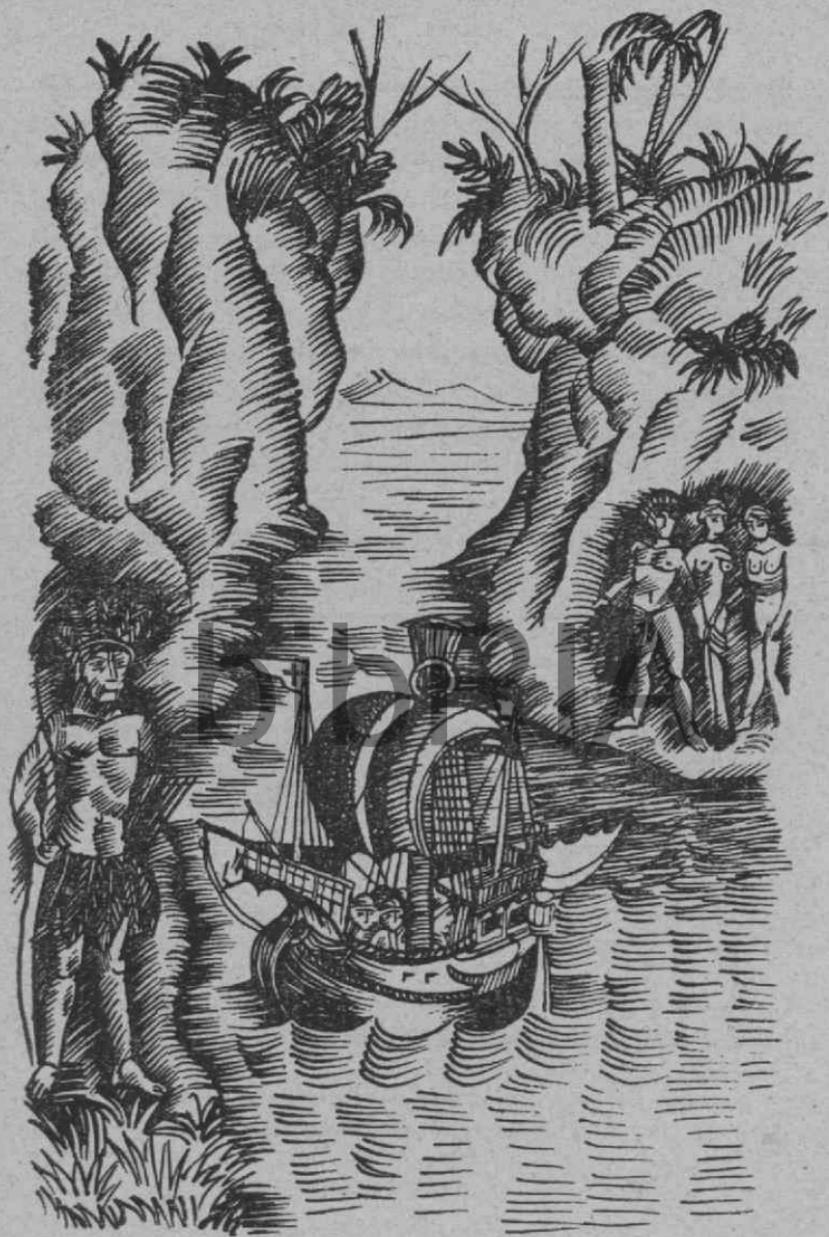
Sin pretender transcribir aquí la lista, que sería larga, de los portugueses que por ese tiempo frecuentaban la capital andaluza, tales como artífices, mercaderes y principalmente marineros de la zona algarbiense que aquí se enrolaban entre los tripulan-

---

(1) Alude el autor a los versos de Camoens, que dicen así:

«Do Tejo à China o português impera,  
de um polo ao outro o castelhano voa  
e os dois extremos da terrestre esfera  
dependem de Sevilha e de Lisboa.»

N. del T.



tes de la navegación a las Indias Occidentales, y tantos otros, dependientes en ciertos menesteres de la Casa de Contratación y de las Atarazanas; de los grupos que acompañaban a Colón y a Vesputio; de los que venían por curiosidad, por negocio o por cualquier ambición personal, con ansia de riqueza o sed de gloria, nos limitamos a citar a Juan Dias de Solís, nauta experimentado, descubridor del golfo de Honduras, parte de Yucatan y Rio de la Plata, habiendo sido piloto-mayor de la Casa de Contratación, en cuyo puesto sucedió a Américo Vesputio y sucediéndole a su vez el veneciano Sebastián Caboto (1); los pilotos de la armada de Magallanes, Esteban Gomes, Juan Lopes de Carvalho, Vasco Gomes Gallego, Juan Rodrigues de Mafra, Juan Rodrigues Serrão, capitán de la nave *Santiago*, Duarte Barbosa, pariente del capitán general, y Alvaro de Mesquita, que fué capitán general de la nave *Santo António* antes de la rebelión del piloto Esteban Go-

---

(1) Los historiadores españoles disputan ahincadamente la nacionalidad portuguesa de Juan Dias de Solís. Francisco Lopez de Gómara, Fernandez de Oviedo, Navarrete y otros lo suponen natural de Lebrija, y aun de Lepe cerca de Ayamonte, donde el notable navegante se hallaba con ocasión de la muerte de Américo Vesputio.

A este respecto, José Pulido Rubio, en su trabajo *El Piloto Mayor de la Casa de Contratación de Sevilla*, transcribe de Eduardo Madero — *Historia del Puerto de Buenos Aires* — el siguiente pasaje que pone en duda la aserción española: «En ninguna parte he investigado y hecho investigar con

mes y primo de Magallanes, según la mención de Pigafetta, aun cuando Lopez de Gómara lo cite en su *Historia General de las Indias* como sobrino del gran navegante.

Entre el incontable número de portugueses de todas clases que la fiebre de los descubrimientos atraía a Sevilla en aquella maravillosa edad, queremos destacar el nombre del cosmógrafo Diego Ribeiro, cuyo nombre quedó ligado a la cartografía del Renacimiento, y que no obstante pasar los últimos catorce años de su vida al servicio de la actividad marítima española, es una gloria de la cultura náutica y científica del Portugal de aquellos tiempos. El crédito de su saber pesaba con tan sólida garantía en la opinión de los nautas españoles, que a su favor se abrió una excepción en el reglamento de las Leyes de Indias para investirle del cargo de cosmógrafo y maestro de hacer cartas y astrolabios de la Casa de Contratación de Sevilla (1), puesto de responsabilidad y de «confidencia» que estaba vedado a los extranjeros. Su notable labor científica quedó

---

más insistencia que en Lebrija; pero los asientos del archivo parroquial de la época en que nació Juan Diaz de Solís están en dos cuadernos grotescos y no contienen a su respecto el menor indicio.»

(1) Germán Latorre, estudio sobre Diego Ribeiro, publicado en los números 20 y 21 del *Boletín del Centro de Estudios Americanistas de Sevilla*, correspondientes a noviembre y diciembre de 1918.

afirmada tanto por su cargo de la cátedra de la Casa de Contratación, donde era examinador de pilotos y maestros de mar, como por ser constructor de instrumentos para la navegación, elaborador de cartas geográficas de las cuales se conserva el célebre planisferio de 1529, existente en el archivo del Colegio de Propaganda Fide, en Roma, y también fabricante de una bomba de metal para agotar el agua en las naves. El propio rey Carlos I no vacila en ser generoso con el famoso portugués y le manda atribuir, por Real Cédula, el sueldo anual de 30.000 maravedís, rindiendo por otro lado tributo a sus méritos de sabio cartógrafo al indicar su nombre, con especial interés, a Hernando Colón, hijo del Almirante, para la organización de una carta de marear y un mapamundi en forma de esfera donde se rectificasen los errores contenidos en las cartas utilizadas hasta entonces por los navegantes de los mares descubiertos.

## MAGALLANES Y SU DRAMA GLORIOSO

Y muchas tardes, caminando expectante sobre el malecón portuario de Sevilla, no podemos hurtarle al espíritu la visión impresionante de Fernando de Magallanes, cogiendo del brazo a su dilecto colaborador Rui Faleiro y, aprensivo y cabizbajo, pasear por la orilla trianera de este mismo Guadalquivir, abrumado por el drama íntimo que — estamos seguros — debía lacerar todas las alegrías de su gloriosa vida. Cuantas veces — ¿quién sabe? — furtivas lágrimas surcarían aquel severo rostro y le anublarían la quimera

de los ojos atormentados por el misterio de los océanos, para rodar sobre el penoso recuerdo de aquella gran patria que él abandonaba...

Cruelles fueron ciertamente las circunstancias en que se realizó la famosa empresa. Escudriñando con emoción las páginas de los cronistas, hemos procurado con avidez leer en el corazón del inquieto navegante, ansiosos de hallar el rumbo de sus verdaderas intenciones. Muchas horas nos hemos inclinado sobre el grabado de sus retratos y, como en el del libro de Dapper, el sentimiento que allí se refleja es el de ansiedad y desilusión. Con efecto, el viaje de Magallanes se nos figura que solamente es una ofrenda de Dios a España. Por lo demás, toda la empresa corrió mal del lado humano. Desde el principio parece que todo estaba en ella equivocado. Y así, junto a la epopeya realizada, las protestas, las emboscadas, las rebeldías y las muertes parecen comprobar, en su tenebroso fatalismo, el trágico misterio de tan alta gloria.

En el umbral de este drama de grandeza y desgracia hay un episodio impresionante en el que los historiadores interesados o indiferentes no han reparado; Rui Faleiro, que debía partir con la flota, enloqueció en Sevilla. Queiroz Veloso, con su sequedad de estilo, atribuye el hecho a un caso meramente clínico que llevó al enfermo a «loco furioso» por progresión de los malos humores de su carácter irascible. Francisco López de Gómara en su *Historia General de las Indias*, escrita treinta años después de lo acontecido, recoge de este modo la ver-

sión del suceso: «y enloqueció Rui Faleiro, de pensamiento de no poder cumplir lo prometido, o, como dicen otros, de puro descontento por enojar y deservir a su rey».

De acuerdo con lo expresado por el historiador español, que parece tocar, con visión certera, el oscuro realismo del episodio, aceptamos este accidente como una manifestación reveladora del drama moral de la osada y genial aventura en que Fernando de Magallanes perdió la vida por llevarla a buen fin a brazo partido con sus ambiciones y con el honor de la palabra empeñada.

Como cierre de este capítulo debemos citar aun a Sebastián Alvares, factor de Portugal en Sevilla, cuya principal actuación fué la de representante «diplomático» del rey Don Manuel cerca de Magallanes, con el fin de disuadirle de la realización de la empresa que intentaba y con quien se avistó repetidas veces. Estos diálogos, que a veces serían ásperos y amenazadores, impregnarían de un lancinante amargor el alma nostálgica del capitán General. (1)

---

(1) Estando la presencia de las figuras marítimas portuguesas que acabamos de citar, ligada al gran solio documental de los Descubrimientos que es el Archivo de Indias de Sevilla, queremos rendir aquí justo homenaje a su actual e inteligente Director Don Cristóbal Bermudez Plata, que, en un alto ejemplo de cultura y afecto peninsular, dedica un acrisolado interés a la memoria histórica de estas gloriosas sombras lusitanas.

EL INTRO-  
DUCTOR DE  
LA ESCUELA  
ITALIANA

¿En qué año preciso estaría Francisco de Sá de Miranda en Sevilla? ¿Sería en el transcurso de 1521, cuando, después de la muerte de su padre salió de Lisboa con destino a Italia adonde iba a gustar la inspiración de las nuevas formas artísticas del renacentismo, o en el año de 1526 al retorno del famoso viaje tan extraordinariamente fructífero para la historia literaria portuguesa? Todo induce a creer que el gran poeta de los amores de la corte de Don Manuel visitase Sevilla en el citado año de 1521 en que ningún otro sentimiento ocupa su espíritu aparte el expresionismo estético de la hermosa ciudad, voluptuosa y garrida, a la sazón en plena fiebre cosmopolita de la epopeya oceánica. En los conocidos tercetos de la carta a Don Fernando de Meneses, entreverados de algunos conceptos sobre el amor, Francisco de Sá de Miranda se expresa así:

*Guadalquibir arriba, a rica praia  
que vistes, os perigos e armadilhas  
de que escreveis, ouvindo, homem desmaia.*

*Vistes nũa Sevilha mil Sevilhas;  
guarde-se da fortuna e dos reveses,  
que assi creceu co 'êste ouro das Antilhas.*

.....  
*Aqueles são seus parques, i assegura  
(eu digo Amor) o seu estado e Côrtes,  
ali é gram senhor, dure o que dura.*

Es fácil conjeturar que si el poeta hubiese pasado por Sevilla en 1526, y datando de este mismo año el casamiento de la Infanta Doña Isabel con el Emperador Carlos V, aquí encontraría a la famosa Isabel Freire, dama de sus amores mozos, cantada en la égloga *Celia*, a quien no dejaría por cierto de dedicar algún recuerdo apasionado en la carta a Don Fernando de Meneses. De cualquier manera, su presencia fué un hecho que lo puede quedar sin destacada mención.

# bibRIA

LA EMPE-  
RATRIZ ISA-  
BEL DE  
PORTUGAL

Pero esta época de legendaria grandeza para las dos cortes peninsulares, las más ricas y afortunadas de Europa, el acto de más noble realce y jerarquía que de una manera famosa marcó para siempre las relaciones entre Lisboa y Sevilla, fué el casamiento de la excelsa hija de Don Manuel con el Emperador Carlos V. Acontecimiento sin igual, sinfonía en oro y belleza ! Su evocación perdurará en la memoria de los hombres y en los miniados de los archivos. Será por siempre timbre de honor.

Figura de inmortal, entretejida en el azul y oro



vesperal de su prodigiosa hermosura, afilada, secreta, esfíngica, como en las alegorías de los vitrales bizantinos, la Infanta de las dulces sonrisas y sublimes gestos, predestinada a apasionar artistas como Tiziano y a revelar santos como Francisco de Borja; la Infanta de los imperiales destinos llegaba, en fin, a tierra sevillana... El cronista, nada más que para mencionarla se hace todo reverencia, casi se arrodilla, tocado por la dignidad de su presencia magnífica: «Y venido en España por el año de mil y quinientos y veynte y dos, y estimando la lealtad de su muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, la escogió, para celebrar en ella sus felices bodas con la Serenísima Emperatriz, y verdaderamente Reyna Christianísima de todos quatro costados Doña Isabel, digna hija del muy valeroso Don Manuel Rey de Portugal, en año adelante de mil y quinientos y veynte y seys». (1)

Isabel de Portugal y Carlos V: uno, vistiendo la coraza de Mühlbergh, otro ostentando la gracia purísima y fascinadora de sagrada ondina del Tajo! Efigies máximas de una común grandeza marítima y política, las dos figuras culminantes de las dos patrias aparecen en una recta determinación del destino, para asociar en sus bodas las dos ciudades que, ante el mundo, representaban esa misma grandeza. Y también fueron para éstas sus nupcias. Ellas, que

---

(1) Alonso Morgado, *Historia de Sevilla*, 1587.

ya eran novias del mar sin fin, quedaron después novias del amor amado — novias sin compromiso pero ambas solemnes y firmes ante la historia.

Por la Puerta de la Macarena, labrada en cantería a la manera de la época pero donde estaba viva la traza arquitectónica de la muralla romana en que se recortaba, entra la hija del Rey Venturoso en Sevilla que se adelanta a recibirla, hidalga y fastuosa, en lucida parada cortesana como solamente otras recordábanse aprisionadas entre las molduras de los cuadros de los pintores flamencos.

Ya está en los Reales Alcázares esta altiva flor de maravilla de la excelente dinastía de Aviz. Viste la blanca seda de los esponsales, guardando las esbeltas formas en un joyero de preciosidades raras y piedra extrañas con fulguraciones exóticas, venidas de aquellos fabulosos países de la corona paterna que por vez primera brillaban bajo la luz de occidente. Su belleza, tan alta y tan digna, conquista admiraciones y obediencia. Su nombre es pronunciado en éxtasis — Isabel de Portugal! — y quedará para siempre evocando la hermosa existencia de aquella que fué orgullo y fama de la sangre, de la patria y de la corte de donde venía. Abren fila y doblan las rodillas los caballeros de armas y vestiduras ricas, las damas de preclara alcornia; crujen las sedas y los cendales, doblanse los velludos de los jubones; en los pechos heroicos brillan cruces de Alcántara y de Aviz. Y a través de las altas galerías y barandillas de recorte árabe, llega la brisa olorosa de los jardines donde los perfumes de los espesos arrayanes,

de los limoneros y de los jazmineros floridos engendran una atmósfera cálida de bodas orientales...

Isabel, augusta infanta de Portugal, entraba así en los destinos de Castilla, en los destinos del mundo.

Más tarde, a los treinta y seis años, el trance prematuro de su muerte también será un acto de belleza, de delicadeza íntima y sensible. Enferma de gravedad a continuación del parto del príncipe Fernando, que se malogra, muere sin querer exhibir ante los ojos de los físicos de la corte, el regio cuerpo desnudo — y muere, quizás, solamente por eso.

Debemos nombrar de nuevo a Isabel Freire; que acompañó a Sevilla a la Emperatriz Isabel con el grupo, que se hizo célebre, de hermosísimas damas portuguesas que tan honda impresión produjeron en los corazones castellanos. Acerca de las dotes físicas de esta dama — que deberían ser irresistibles — esclarecenos bastante la anécdota de que se hace eco Faria y Sousa y repite Carolina Michaëlis de Vasconcelos, en la cual se dice que la hija de Don Manuel confesaba ser Isabel Freire «tan graciosa» que o no partiría para Castilla o le dejarían que la llevase consigo. La hechicera portuguesa casó en la corte de Carlos V con el español Antonio de Fonseca, de noble familia de Toro, produciéndole amarguras a Garcilaso de la Vega, que la cantó en la égloga *Salicio y Nemoroso* con el nombre de Elisa, como ya había sido la Celia del no menos enamorado Sá de Miranda.

En 1645 fallecía, en su retiro de Toro, Don Gaspar de Guzmán, conde-duque de Olivares. Le sucede en la influencia cerca de la real persona de Felipe IV su sobrino, Luis Mendez de Haro, el cual, dados los grandes apuros en que se encontraba el tesoro, vino a Sevilla a fin de obtener las posibles rentas en beneficio del erario regio. Pero aplicó tales medidas, valiéndose de expedientes violentos y resolutivos, que el industrioso barrio de la Feria, en aquel tiempo centro importante de «fábricas de curtidos, lencería, sedas, galones de oro y plata, azabaches y toda especie de labores de lana y lino», se amotinó en la plaza de *Omnium Sanctorum*, bajo la insignia religiosa de un Pendón Verde que dió nombre a la pequeña revuelta. Los amotinados nombraron jefe de campo suyo a Juan de Villasis, próximo pariente de los condes de Peñafior. Según rezan las *Efemérides* del archivo municipal de Sevilla (1), hízose notable en este acontecimiento el clérigo portugués Lopes de Felgueiras, de la parroquia de *Omnium Sanctorum*, que fué quien tomó juramente al caudillo Juan de Villasis de su fidelidad a los principios legales de la corona, contra los cuales no se dirigía la protesta popular sino contra el escandaloso abuso de poderes a que se atrevía el áulico Mendez de Haro.

EN EL MO-  
TÍN DEL  
«PENDÓN  
VERDE»

---

(1) J. Velazquez y Sanchez, *Estudios Históricas*, 1864.

Aquí se cierra un período del que mucho habría que hablar si la discreción de los archivos no hubiese dejado mudo el resto de los acontecimientos. El minucioso y atento historiador Guichot, en su *Historia del Ayuntamiento de Sevilla*, inserta un comentario que viene a propósito transcribir: «En febrero de 1668 firmábase en Madrid un tratado reconociendo la independencia de Portugal y la soberanía de la Casa de Braganza. Sevilla recibió la noticia con júbilo, atendiendo a que esta ciudad y su tierra habían sufrido gran parte de los quebrantos de aquella guerra, durante los veintisiete años que subsistió».

Quedan sin mención los nombres de los numerosos organistas y polifonistas de los siglos XVI y XVII, cuyas obras musicales aparecen en la riquísima colección del archivo de la Catedral y de la Biblioteca Colombina (creada por el hijo del Almirante de las Indias) y que ciertamente vivieron en Sevilla o permanecieron algún tiempo.

E N E L  
T I E M P O  
P R E S E N T E

Recientemente, podríamos decir, en relación con la medida del tiempo que nos une a los sucesos antes relatados, vino el certámen ibérico que se celebró en Sevilla el año 1929, a reanudar los lazos de amistad secularmente afirmada a través de tantos actos de evidente valorización espiritual y universalista. En aquella magnífica parada en que las dos ciudades evocaron, como en una fiesta de familia, las grandezas y sortilegios de su edad de oro, Portugal estuvo presente en la persona de su Jefe de Estado, el general Carmona, acompañado de un séquito formado con figuras de altas filas políticas y culturales de la nación. Y del gesto de esa mano lusitana, extendida, cordialmente, sobre el Guadalquivir en la hora de celebración tan solemne, no se perdió la intención fraterna; de ella quedó este hermoso edificio capitular que es aquí presencia lineal y constante de la otra patria peninsular, uniendo en buena amistad cívica las capitales históricas de dos imperios marítimos.

Esta misma expresión de fraternidad tuvo ocasión de manifestarse ocho años más tarde, en la jornada del capitán Botelho Moniz y de su cortejo de dádivas con que, en un trance difícil, el fiel pueblo de la Lusitania repetía la hermandad de sentimientos de sus antepasados, cerca de las poblaciones de la vieja Beturia. En los alborozos festivos y a la luz de las antorchas que orlaban los caminos de la noche andaluza parecía rehervir la misma solidaridad que guió en su despertar el rumbo de los dos pueblos,

educados en torno a la hoguera de los mismos principios, y los puso del mismo lado frente a la Roma militar y frente al Océano Tenebroso, y ambos de espaldas al luteranismo religioso-político de la Europa carpática y ariana.

Más cerca de nosotros, en los últimos días de una época que parecía preparada a cerrar su ciclo pues estábanse tan sólo a unas horas (28 agosto de 1939) del desencadenamiento del tremendo acontecimiento bélico que todavía sigue azotando el orbe en su clamor isáico, vino la visita al puerto hispalense de la división naval de submarinos a confirmar la permanencia de los elementos que, desde esta grave atalaya del Guadalquivir, abren un ventanal afectivo sobre el paisaje del alma portuguesa. Con afinado sentido dió Eugenio Montes tono a esta perspectiva al decir un día (1) que Sevilla tenía en sí el mérito de ser el punto de España donde mejor se puede sentir y comprender a Portugal.

El mismo sentido histórico que en todos los momentos de preocupación común surge para acercar Sevilla a Lisboa, quiso que en el nobiliario de las relaciones fraternas que estas páginas pretenden fi-

---

(1) Conferencia realizada en la Universidad de Sevilla el 11 de abril de 1939, subordinada al epígrafe *Vidas paralelas de España y Portugal*. Eugenio Montes, prosista y filósofo, es uno de los espíritus de la actual generación española que, con un afán de buena comprensión, se revela como el mejor intérprete del *dualismo* peninsular.

jar, fuese escogida la figura de Salazar, dominando a toda la altura de su perfil, arrancado a la tabla de los primitivos, para cerrarlo (1). Con efecto, no podemos dejar de consignar, como acontecimiento máximo de esta época, que en febrero de 1942 tuvo ocasión en Sevilla el encuentro del Jefe del Estado Español con Salazar, que integrándose en la línea histórica de las altas figuras dinásticas — como Don Dionis y Don Alfonso IV — vino aquí a defender, dentro de firmes realidades nacionales, el futuro político y geográfico de la carta peninsular.

---

(1) Justo es archivar aquí los nombres de artistas e intelectuales portugueses que en las tres décadas últimas han mantenido con Sevilla trato de emoción y han dado cuenta de amor y arte de la hermosa ciudad, por algún modo de expresión estética o literaria.

Citaremos en primer lugar a los desaparecidos: Ramalho Ortigão, António Patricio y Agostinho de Campos; siguiéndoles: Afonso Lopes Vieira, Sousa Costa, António Ferro, Fernanda de Castro, Virginia Vitorino, Ferreira de Castro, Martinho da Fonseca, Joaquim Paço d'Arcos, Maria Lamas, Laura Chaves, Justino de Montalvão, Varela Aldemira, Diogo de Macedo, Artur Portela, João Carlos, José Augusto, Felix Correia, Pequito Rebelo, Henrique Galvão, Leopoldo Nunes y Rogerio Pérez.

Esta breve relación no tiene pretensiones de totalidad. De seguro que quedarán sin incluir algunos nombres de doctos paladines de leyenda que aquí llegaron a deponer su ofrenda votiva a los pies de la Bella-Infanta del jardín andaluz.

bibRIA

ITINERARIO SENTIMENTAL

bibRIA

bibRIA

*Un misterio que se esconde,  
una canción que se va...  
Rumor de fuentes lejanas,  
fugas de sombra en la cal;  
enredo de calles hondas  
sin principio ni final...*

JOSÉ MARÍA PEMÁN  
«El Barrio de Santa Cruz»

I

bibRIA

Y ahora, en la indecible magia de esta fina luz de Sevilla, nuestros pasos vacilantes a la entrada de las caprichosas calles que son un mosaico de sensaciones

DONDE EL  
VERBO SE  
HACE EN-  
SUEÑO

inesperadas, no saben en qué primer camino deberán quebrar el evidente sortilegio que los embaraza.

Vamos por aquí, siguiendo esta sombra ondulante que se insinúa entre geometrías de inefable ritmo, imprecisa y seductora, como fugitiva de un fondo extático de Murillo, que parece atraernos.

Por lo pronto, aquí está la ventana, abierta al cuadrilátero brujo de la Plaza de Alfaro, a través de la cual el mago pintor de los resplandores celestiales recogía la fluidez de los azules y de los rosas casi per-

fumados con que componía el poema luminoso de su paleta extra-terrena.

Estamos en el umbral del sitio más idílico y abstracto del orbe, en el primer plano de una escala de variaciones sensoriales donde el sueño y la realidad jamás encuentran su límite común. Con efecto, este mil veces cantado *Barrio de Santa Cruz* pese a la abrumadora literatura que en todo el ámbito de la rosa de los vientos pretende concretar su linaje, es la más pura escenificación de lo poético y de lo indefinido que pueda conocerse. Su delimitación dentro de lo real se torna imposible pues todas las dimensiones convencionales se anulan a la primera contemplación seria — aun cuando sea la más desprevenida. Las propias sombras de los grandes personajes que en este famoso barrio han exhibido su indolencia estética o mundana, parecen desintegrarse de las individualizaciones humanas a que corresponden y flotar sobre el misterio de estos patios, de estas casas y de estos jardines de miniatura en hermosas abstracciones de nuestro sentimiento emotivo, desde las sombras recientes de Ravel y Brigitte Helm hasta las sombras melancólicas de Irving y Byron... Los aromas pierden aquí su valor en la escala de las esencias, para adquirir una indescifrable fragancia sólo perceptible en la descripción de ciertos versos de Machado y en los cánticos arábigos de Almotámid. El alegre cantar andaluz parece, a su vez, quebrar todos los cristales de sus tubas contra el cinturón romántico, trenzado de yedras y glicinas, de las viejas ruinas sagradas. Los fandangos y las soleares, las

malagueñas y las granadinas, reducen la arrogancia típica y exaltada de sus formas musicales para convertirse en tonadillas salmódicas o en el desgarró místico y apenado de la saeta. No olvidemos que en la sangre del barrio hechicero duermen, cautivas, las aspiraciones de tres religiones panteístas: la árabe, la hebráica y la cristiana.

Pero volvamos junto a la casa donde vivió y murió el maestro Bartolomé Esteban Murillo. Podemos transponer el portal que, a unos metros de la célebre ventana, está abierto a la curiosidad pública. Dentro, un dístico conmemorativo nos hablará de la presencia en aquel pequeño cubículo del gran espíritu del Pintor de la Gloria. Esta presencia se extenderá aun por el contiguo recinto que es, al mismo tiempo, una de las cadencias más espirituales del privilegiado barrio sevillano: la Plaza de Santa Cruz, jardín de versículo bíblico sobre fondos de pared donde los jazmineros y las madresevas se enlazan y los renuevos de las bogambillas destrenzan los racimos carmesí. Al centro, y como tema principal de la encantadora plaza, se yergue en su filigrana de hierro forjado la hermosa reliquia de la *Cruz de la Cerrajería*, unida a leyendas de amor y de fe; noble pieza de un barroquismo opulento, salida de las manos del artífice Sebastián Conde el año 1692. La luz parece aquí más azul, más quieta, casi sin vibraciones. Los brazos de la cruz proyectan en el espacio una fuerza, una emoción que invitan a arrodillarse. En torno a la base crecen los nardos salpicados de rojos claveles. Y en el silencio de las noches prima-

verales una copla surge entre los gemidos de las guitarras a continuación de cualquier callada oración de penitencia.

Además de las evidentes fascinaciones artísticas que contiene, la preciosa efigie cristiana representa también para el pueblo de Sevilla el doble símbolo de pretender tornar sagrado el lugar indeterminado en que reposan las cenizas de Murillo. Esta plaza la ocupó en tiempos pasados la iglesia de Santa Cruz, que con las de San Bartolomé y Santa María la Blanca, formaba el antiguo barrio de la judería — la *alhamia*, — con las respectivas sinagogas convertidas al final de los siglos XIV y XV en las iglesias de esos nombres. En esta de Santa Cruz quiso ser enterrado el pintor de las Inmaculadas. Con la invasión francesa las tropas de Soult derribaron el templo y profanaron los sarcófagos allí existentes, y es dudoso desde entonces el lugar en que quedaron los restos del artista glorioso.

Como en un momento de física embriaguez, sorbamos aun a grandes sorbos el sedoso aire cargado de aromas que nos llega de las espesuras fragantes de los jardines que recorren por el este todo el lindero de la «cité» romántica. Y si estamos en martes santo no debemos olvidar que esta noche, con todas las luces apagadas y la luna bogando en un cielo de Zurbarán, desfilará por aquí bajo las copas metálicas de los jardines de Catalina de Ribera, lenta e irreal como un sueño, la cofradía de San Nicolás, con el interesante Jesús de la Salud, atribuído a Roldán, iluminado apenas por los candelabros del paso



### *BARRIO DE SANTA CRUZ*

y los cirios de los nazarenos. Abrirá la marcha una banda de clarines de caballería, y cerrarán el desfile las andas de la Virgen de la Candelaria, mil veces majestuosa bajo el palio de terciopelo bordado en plata y entre los altos candeleros opalinos entremezclados de claveles blancos.

Y entremos ya en el primer lance del maravilloso laberinto. Aquí está, frente a nosotros, la calle de Santa Teresa, que también dejó en el encantador barrio señales de su presencia con el traslado a la rua de este mismo nombre del convento de Madres Carmelitas, fundado en la calle Zaragoza, al cual legó el precioso manuscrito del libro que es la historia de su conciencia mística — *Las Moradas*. Subamos despacio la estrecha callecita caprichosa. A pocos pasos, a la derecha, tenemos la fachada del venerable edificio que acogió el espíritu inquieto de la Santa Doctora de Ávila.

Las sorpresas se suceden. Subamos más. Las sinuosas arterias se cruzan, se interceptan y brotan de nuevo como en la trabazón de un entrelazado folicular. A la izquierda nos atrae una bizarra perspectiva ahogada entre tiestos de geranios y una nesga de cielo azul: es la Calle Lope de Rueda, el famoso batidor de oro del siglo XVI y, a nuestra manera vicentina, el creador luego del teatro español con sus comedias, autos y coloquios pastoriles. Al fondo, cerrando la calle, un número 8 resalta a la vista con los reflejos de su azulejo trianero (1). ¿Qué ha-

---

(1) Viene a propósito señalar que esta casa es propiedad de una distinguida familia donde el arte y la gracia se alian con los fulgores de la sangre portuguesa. En el arreglo del atrio encantador — donde cantan las fuentes y crece el cilantro — hay un sabor de redondilla lusitana, la misma que canta en otro jardín sobre las escarpas del Duero en Oporto.

cer? ¿Volver atrás? No, no es preciso; sólo se trata de uno de los muchos desenlaces inesperados de este barrio enigmático: de repente el estrecho pasaje quiebra a la izquierda, en ángulo recto, y la calle continúa hormigueando, en busca del sol, en una solución imprevista.

El arabesco continúa. A la derecha, una hendidura estrecha y altísima se abre en la masa policroma del caserío — la Calle Reinoso, antes llamada del Moro Muerto por la muerte allí ocurrida, en lances de amor, de un moro de Granada. Por ella pasamos con el fin de recrear los ojos en la blancura soleada de la placita de los Venerables y regalarnos el espíritu en la contemplación embebecida del patio del edificio que dá nombre al recinto: Iglesia del Hospital de los Venerables Sacerdotes — escriño de dorada luz, como de página de breviario, de fragancias místicas y de recogimiento exaltador. Verdadero jardín cerrado como el corazón de Sulamita, descendiendo entre limoneros y jazmines al centro del reducido claustro, este famoso patio es más una oración que un adorno, más un éxtasis que una perspectiva. Para encerrarlo en una imagen tendremos que evocar el *canto espiritual* de San Juan de la Cruz, y si cerramos los ojos nos parece oír alrededor las cadencias gregorianas de Ketelbey en su patetismo monacal de la *In a monastery garden*. Dentro hay algunos frescos y cuadros de Valdés Leal, de Herrera el Viejo y de otros maestros españoles y flamencos.

LA GIRALDA      Vibran en la luz lilial las campanadas del *Angelus*. En la lírica Plaza de Doña Elvira, hidalga señorial del Cuatrocientos, todos los ruidos cesan por momentos. Se oye rezar el agua al caer de los surtidores. Los naranjos reflejan en los mosaicos su inmovilidad verdosa, espectral. Entremos con prisa en la penumbra olorosa de las magnolias de la Calle Vida y, a través del portal de las Cadenas — por donde el rey Don Pedro tantas veces salió, durante la noche, para sus aventuras galantes, — costeemos, corriendo, la muralla morisca del Alcázar para asomarnos al Patio de Banderas y contemplar desde allí, bajo el arco de salida, la gracia escultural de la Torre de la Giralda en la suavísima luz del anochecer. En ninguna otra hora como en ésta su garbo islamita trasciende más nitidamente, en valores más puros, en la materia indeleble del espacio.





PATIO DE BANDERAS

*Es en la noche cuando ha de evocarse el pasado de estos rincones donde se detuvieron los siglos.*

JOSÉ ANDRÉS VAZQUEZ

«Un recuerdo a Washington Irving en el Barrio de Santa Cruz»

## II

Podríamos hablar aquí de los valores estéticos de las noches de Sevilla si esta expresión ruskiniiana no hubiese perdido ya sus altivos privilegios de sustancia y de forma.

Bien pocas veces, con efecto, la materia artística es tan sensiblemente corpórea como esta que se presenta en el aire nocturno de Sevilla. Y este es el secreto más poderoso y más revelador, que dá a la ciudad su carne y su espíritu y la torna, como ninguna otra, — y pudiéramos pensar en Brujas, Florencia, Verona, — admirada y temida, subyugadora y misteriosa. Hay otras que se entregan más fácilmente a la posesión de los espíritus que pretenden investigar su enigma, y otras que dominan más rápidamente; esta es más lenta y difícil en su revelación anímica

por que es más densa y plástica en su misterio poético y, por tanto, más rica de sugerencias, de estímulos y de novedades espirituales.

Hay esquinas, calles, perfiles de jardines y perspectivas de terrados marmóreos bajo la hipnosis del firmamento andaluz que son índices concretos de la emoción estética, cifra cerúlea del mundo ignoto que atormenta el alma de los artistas en el fondo de los estudios, entre figuras eternas y estatuas mutiladas.

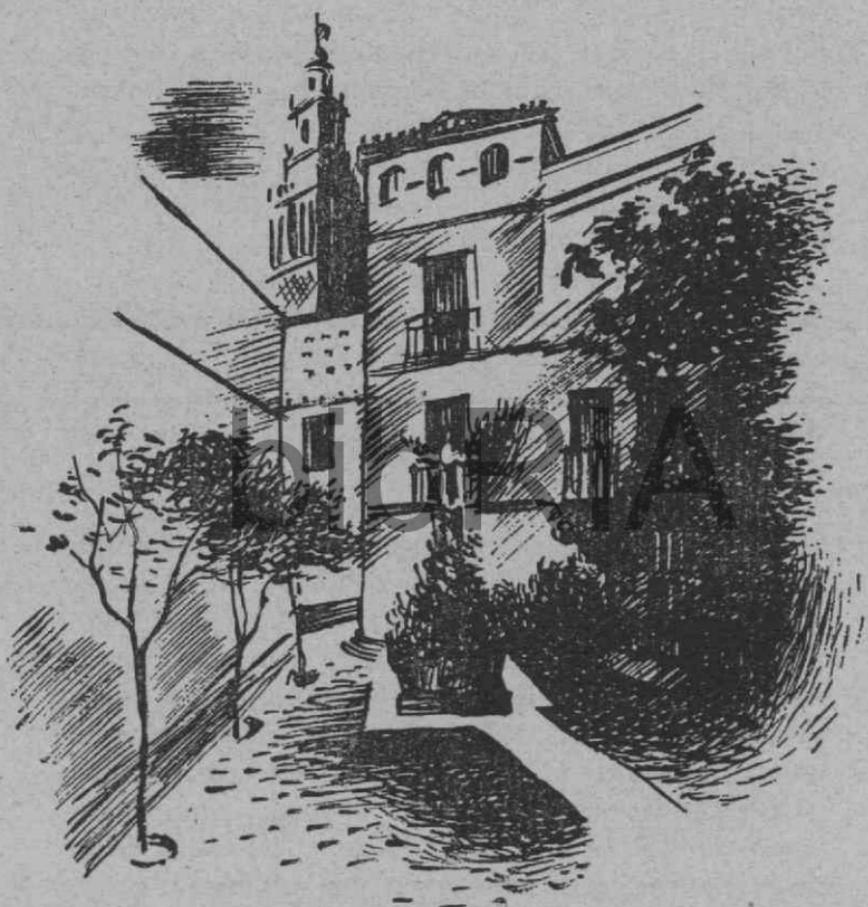
Como en la fantasmagoría de los teatros, hay aquí ciertos ángulos que bajo la incidencia de la luna son verdaderos milagros de belleza: saliendo de la Plaza de Santa Cruz, el primer recodo de la Calle de Santa Teresa; en la de Lope de Rueda, entrando por la Plaza de Alfaro, el codo que une el trozo perpendicular a la Calle Reinoso, sin olvidar la proyección verdaderamente medieval del trecho de la Calle Vida, en la barreduela del viejo postigo del Alcázar, antes de entrar bajo la bóveda, y junto al paño de muralla cuyas almenas se recortan, en lo alto, en una blancura aromada de mil efluvios levantinos.

Pero aquí está, aislada en su sueño como una confidencia voluptuosa, la más tierna, romántica, escenográfica arteria del mundo: ¡Calle del Agua! Serpenteando contigua al muro sobre el que se montan las bardas odoríferas de los jardines del Alcázar Real, casi no tiene luces — para mejor soñar. No se vé el cielo: el techo es de enredaderas y rosales gigantes. Del opuesto lado, casas enigmáticas, cerradas, mudas, pareciendo presas de un éxtasis colectivo, espectral. Subiendo desmesuradamente de un pequeño

jardín sofocado entre paredes rústicas, un ciprés irrumpe inesperadamente en el espacio como centinela vigilante e inmóvil del drama augusto que abajo el silencio y la noche están orlando de embebecimiento. Se oye un rumor de agua llorando, clamando... ¡Calle del Agua! Tal vez una dulce enamorada que llora. Al fondo de la calle una capa negra se diluye en la sombra, rápidamente... Es la capa de Don Juan.

Dos caprichosas ramificaciones estrechas, finas y flexibles como digitales, serpean al lado, cargadas de leyenda. Una, la Calle Pimienta con su hebreo y su cristiano, y éste haciendo brotar, por divina condescendencia, la picante gramínea que dió nombre a la calle. Otra la Calle Susona, con origen en la hermosa judía, hija de Susón, fatal cuerpo de hechizo, la que por pecados de amor y de conciencia se convirtió al cristianismo, legando al mundo por arrepentimiento de sus faltas, su propia calavera. Esta estuvo durante mucho tiempo pendiente en este mismo callizo que por eso se llamó Calle de la Muerte, antes del nombre actual. Dícese que el viento de las noches sin fin haciendo balancear el patético despojo de la «hermosa hembra» transía de pavor a cuantos por allí pasaban desprevenidos.

De la Calle Susona salimos de nuevo a la lírica Plaza de Doña Elvira — donde estuvo en tiempos el famoso Corral de Comedias del maestro Lope de Rueda, — y subiendo de frente por la Calle de Rodrigo Caro, el arqueólogo-poeta de Sevilla, entramos en una de esas deliciosas salàs de visita al aire



*PLAZA DE SANTA MARTA*

libre que son las plazas cerradas, esto es, con un acceso único y sin salida para el público, constituyendo un feliz privilegio de los recatados habitantes que las disfrutaban. Se trata de un simpático caso de otorgamiento de poesía por «utilidad pública». Si nó ved lo que hay de líricamente organizado en esta íntima y pintoresca Plaza de la Alianza, bucólica, dorada de sol durante el día, donde entonces entran deseos de sentarnos bajo las filas olorosas de los naranjos para leer a Bécquer o el Talmud.

Pero otra plaza así, más bella aún, se nos va a deparar. Descendemos el dédalo romántico hasta la larga vía en cuyo fondo se proyecta como en un damasquinado la nervadura gracil, casi física, del esbelto tallo de la Giralda. La luna en lo alto se viste de una blancura nupcial que la humaniza.

Entremos a la izquierda, en un rincón imprevisto, como quien franquea el portal de una casa amiga. Instintivamente marchamos despacio, con pisada corta, como si temiésemos despertar a los dueños del predio. Una ventana baja, llena de geranios, aprisionada en la filigrana de la reja — una ventana que es un delito de amor... ; después un arco sobre el suelo empedrado, y de pronto, ante nuestros ojos atónitos, una plaza de palmo y medio, aislada, comprimida, como ceñida por la cintura entre las fachadas de las casas que irregularmente se cierran alrededor. Flecós de verdor y los clásicos naranjos dan el tono local, formando aquí penumbras espesas y perfumadas. Al centro, mal definida en los primeros momentos, una pesada cruz de piedra rodeada de tiestos de claveles y

de albahacas. ¡Es la Plaza de Santa Marta ! Pronunciadas todas las exclamaciones de sorpresa, vamos hasta el fondo y, de puntillas, volviendo las espaldas, contemplemos a través de una abertura entre las casas, en una intercepción de ángulos cubistas; la silueta aérea, recortada en la claridad de la noche, de la *Turris Fortissima*, que se desprende de la tierra, ansiosa de subir hasta Dios pero dialogando con Mahoma... Y saldremos de la escondida acuarela, tan del gusto del alma de este pueblo esteta, con el deseo de llevar con nosotros, cerrada en la palma de la mano, esta placita encantadora, este pequeño éxtasis, pero no podremos porque ya los traemos encerrados en el corazón...

Fuera, sojuzgando todas las perspectivas, la mole inmensa de la catedral hispalense, monumental metrópolis del cristianismo hispánico, como en Lepanto, como en Trento, eleva en alabanza del Cielo su pregón peninsular.

Con efecto, los siglos hablan...



### III

#### POEMA O MÁS AÚN...

Hablar del Alcázar de Sevilla es evocar el genio artístico y fastuoso de una civilización que el sentimiento religioso del cristianismo no dejó amar ni comprender. Con Toledo, Córdoba y Granada, y más que todos en ciertos aspectos de su opulencia genuinamente racial, este conjunto actual de palacio y jardines reivindica todavía la gloria de los ilustres antepasados que en estas ciudades grabaron su paso magnífico, pareciendo revivir en ellos el alto espíritu cultural y voluptuoso de sus cortes de poetas, de sibaritas refinados y de príncipes sanguinarios.

Para nosotros, portugueses, este romántico monumento del esplendor musulmán, residencia de príncipes insignes y más tarde corte de los reyes cristianos, de Don Fernando *el Santo* a Don Pedro *el Justiciero*, posee la magia venerable de haber residido allí, después de su casamiento con Carlos V, a que ya nos hemos referido antes, la magnífica y hermosa Isabel de Portugal. En el salón propiamente llamado *de Carlos V* todavía es visible, aun cuando algo desmejorado por el tiempo, un retrato de la emperatriz sobresaliendo de la riqueza cromática de los azulejos de Triana. Saliendo al exterior de los edificios, nos encontramos en la galería denominada *del Grutesco*, descendiendo en seguida por rápidos escalones bajo la sombra perfumada de una magnolia centenaria, al *Jardín de la Danza*, después al *Jardín del Crucero*,



ALCAZAR

dejando a la derecha la piscina subterránea donde nadaba el blanco cuerpo de la hermosa María de Padilla ; nos encontraremos poco después en el jardín de los tres patios o *de la Gruta*, subiremos una escalera verdinosa, ornada de helechos y limos odoríferos, que conduce al *Jardín del Príncipe* (el príncipe Don Juan, hijo de Isabel *la Católica*, muerto prematuramente después de su boda con Margarita de Austria, frustrándose así los proyectos de un imperio que sólo se logró con el hijo de Juana *la Loca*) y terminaremos, finalmente, en el *Laberinto*. Frente a él, en un

terrazo de pequeña elevación, esmaltado de azulejos artísticos, con su canto de agua en la taza interior de mármol, está el *Cenador de Carlos V*, construido para las bodas imperiales, aislado y pequeño como un juguete de emoción, y que todavía nos habla del gran amor del César a la dulce emperatriz de nuestra sangre. En el espejismo de las sombras de estos jardines, que el alma de un gran poeta vela cariñosamente (1), pasará en los atardeceres floridos el esfumado perfil de Isabel, la «flor del geranio», como el mismo poeta le llamó!

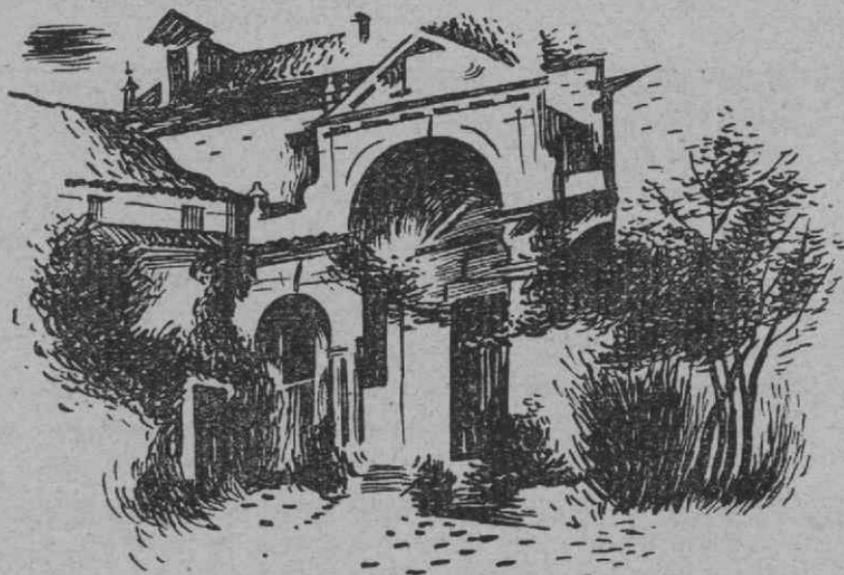
Y cerremos aquí el libro de hipnosis del mediúmnico *Barrio de Santa Cruz*, donde la belleza florece como ensueños, donde las estrellas brillan constantemente y donde hasta las propias flores contienen sensaciones ignoradas en el secreto de los nombres encantadores: «siempre-novias», «celindas», «dompedros», «miramelindos»...

## CONVENTOS Y PATIOS EMOTIVOS

Vamos por esta tarde de sol bordeando el río hasta el puente de Triana; penetremos a la derecha del populoso barrio de la Magdalena y, siguiendo en la dirección de la estación de Córdoba, enzarcémonos

---

(1) Joaquín Romero Murube, poeta de la más fina sensibilidad lírica y que más sabiamente ha desintegrado los elementos espirituales del «embrujo» sevillano. Entre su variada obra, de certera geometría emotiva, deben destacarse *Sevilla en los Labios*, *Canción del Amante Andaluz* y *Discurso de la Mentira*.



## SANTA CLARA bibRIA

en una de esas policromas arterias que van a dar en San Lorenzo y Santa Clara. ¡Qué recogimiento y suave paz hallamos en el luminoso patio del convento de religiosas de este nombre! Tenemos además la iglesia construída sobre fábrica mudéjar, con un altar mayor de Montañés, estilo Renacimiento. Al lado, en lo que fué huerta del convento de las clarisas, se yergue la original Torre de Don Fadrique, hermano de Alfonso X, construcción de 1252 en esmerado relieve lineal que es un ejemplar digno de atención por poderse observar en él la transición del estilo románico al ojival. Abajo, crece, grisáceo un olivo que todavía nos habla de Don Pedro y de Doña María Coronel...

Al fondo de esta calle donde los lirios y las coplas hacen felices los balcones humildes, cierra la aldaba de salida el portón encanecido de un convento que, por no ser de los más recordados, deberá suscitar nuestra amorosa *saudade*.

Es el convento de San Clemente, fundado por Fernando III, sobre las ruinas del palacio moro de los monarcas abaditas, en conmemoración de la conquista de Sevilla, que tuvo realidad el día del santo de dicho nombre. El patio trasciende a página de los Quinteros, típico, bohemio, sonriente, medio gitano, medio místico, donde se evocan tristezas de ultra tumba al mismo tiempo que se sienten ganas de beber, cantando, doradas cañas de manzanilla.

Entremos en la iglesia sin queremos fijar en el techo del primoroso artesonado, que es sugestivo, y vamos hasta el altar mayor; allí, al lado del Evangelio, se halla una caja fúnebre, a manera de sepulcro, pobre y empolvada, pero que nos hace arrodillar al leer en el letrero «Doña María de Portugal»! Son las cenizas de la malograda hija del rey de la batalla del Salado, tan mal amada de su marido, Alfonso XI de Castilla y León, y tan noblemente dedicada al corazón del monarca infiel, al corazón de su Rey.

En una ciudad como Sevilla donde el sentido de la muerte es casi un estilo de su vida interior, llega a no impresionar la lección que contemplamos sobre la humildad a que se reduce la gloria de los bienes terrenos. Estas cuatro tablas que guardan los restos de la Reina se igualan con una página del *Discurso de la Verdad* que Miguel Mañara inscribió tan des-

prendidamente en las propias piedras del Hospital de la Caridad, corroborado por el genio trágico del pintor Valdés Leal. Incluso parece escucharse la voz lúgubre del supuesto Don Juan, de aquel que asistió en vida a su propio entierro, clamando: «¿Qué importa, hermano, que seas grande en el mundo si la Muerte te hará igual a los más pequeños?»

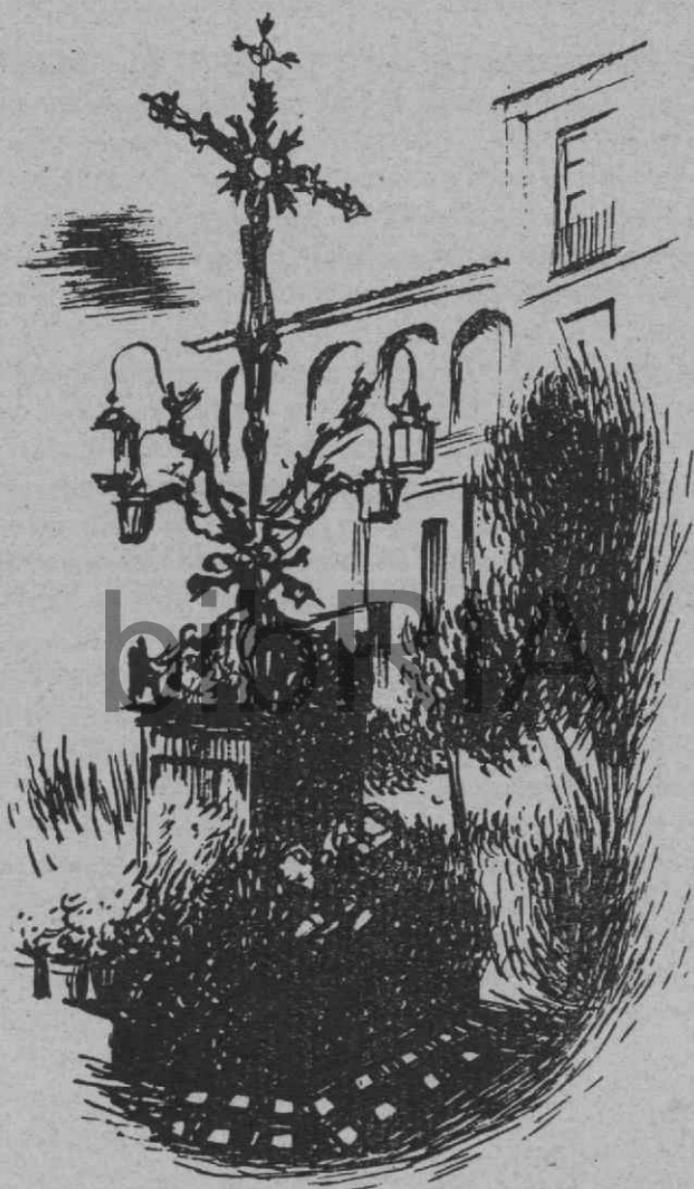


En esta peregrinación a los lugares de Sevilla donde los recuerdos portugueses están presentes, todavía hay un convento — el de Santa Paula — cuya visita será precio de nuestra emoción. Está allá, hacia San Juan de la Palma, en la histórica parroquia de San Román, con un finísimo azul en noviazgo con la luz de oro del patio, donde parecen jugar ángeles, y los propios sirvientes del monástico retiro, sentados a las puertas de las viviendas chiquitas y trenzadas de jazmineros, tienen un bendito aire de figuras de retablo bíblico. Dentro del patio sobresale la hermosa portada del monasterio, que es una pura joya arquitectónica y decorativa del siglo XV en la que se entrelazan los estilos, desde el gótico al Renacimiento, con policroma riqueza, al gusto mauritano, que

deslumbra. El fondo está formado por azulejos de Niculoso Pisano, ostentando varios medallones en esmalte azul y blanco del estilo de Andrés de la Robbia.

Dentro de la iglesia, al lado del Evangelio, se halla el túmulo con la estatua yacente en mármol blanco de Isabel Enriquez, — descendiente de los reyes Don Enrique, de Castilla, y Don Fernando, de Portugal, — que mandó edificar el templo y a él se acogió al fallecer su marido, muerto en la guerra de Granada al servicio de los Reyes Católicos. Al lado, se encuentra el sepulcro de éste, también en mármoles blancos y con estatua yacente: se trata de Don Juan, Condestable del Reino y Marqués de Montemayor, que vino a España, cuando la revolución de los nobles, hurtándose al puñal de Don Juan II.

El pañuelo de la tarde se agita en la dirección de Triana y Castilleja de la Cuesta diciéndole adios al sol que, camino de Portugal, parece morir de *saudades* por Sevilla. En la augusta seda de la última ráfaga regresamos al interior de la ciudad, valiéndonos para esto de ese delicioso medio de locomoción, romántico como una oleografía del 800, que aquí sobrevivirá, sin anacronismo, como en ninguna otra ciudad del mundo: el coche de caballos. El cocherero, que tiene la fantasía de un poeta y la gravedad de un aristócrata, nos hablará de muchas y diversas cosas que son exactas y sutiles como en las páginas de los tratados políticos o de los ensayos de psicología. Y ya que pasamos precisamente por la puerta de este hotel de vieja traza palaciana, museo de puro sevi-



*CRUZ DE LA CERRAJERIA*

llanismo, él nos llevará a visitar — atravesando el hermoso patio cubierto por un rosal monstruo, dos veces centenario — aquel cuarto del primer piso en que Pierre Louys escribió los primeros capítulos de *La Femme et le Pantin*; lo que, por otra parte, será grato al gusto de esta actitud literaria que los portugueses saben guardar a tantas posiciones de su vida social.

**BÉCQUER** Por eso mismo, al retornar junto al Guadalquivir, insinuémonos entre las enramadas majestuosas del Parque de María Luisa y procuremos ese original monumento que parece brotar, en abrazo votivo, enlazado al tronco de un viejo árbol que sobre él deja caer las trenzas melancólicas de su copa, y donde Gustavo Adolfo Bécquer — poeta sevillano que llena de poesía un siglo entero! — busca la rima nueva para la estancia violeta y oro que interrumpió la muerte. Rindámonos con emoción nuestro homenaje al heineano trovador de las *Rimas*, tan cerca de João de Deus y de Antonio Nobre que su música nos entra por las mismas cuerdas en el corazón. Abajo, el «Amor Herido» es una bella pieza de bronce plástico, y el grupo de figuras simbólicas aun parece palpitar del arrobamiento lírico que unió a aquellas tres románticas enamoradas a las composiciones más bellas del poeta.

Vamos a cerrar este apresurado paseo sentimental. Pero antes de que demos los últimos pasos, al salir del Parque dirijamos la vista al otro lado del Río y dejemos que vaya también con ella el corazón lusiada: al lado de las Virgenes trigueñas de los altares sevillanos, allí está, sonriente y etérea, Nuestra Señora de Fátima, en su imagen de suavísimos colores de alba de mayo y cuya presencia, para gracia nuestra, es algo así como un frontero-mayor de la fe de los portugueses en tierras hermanas de Andalucía. Debe sentirse feliz entre la gente laboriosa, de menesteres humildes, del famoso barrio de Triana donde nacieron las virgenes alfareras Santas Justa y Rufina, patronas hoy de la ciudad. Está confiada a la guarda de los padres dominicos de la iglesia de San Jacinto, la misma de donde salen las procesiones de la *Esperanza de Triana* y de la *Romería del Rocío*, de renombre universal.

Siguiendo el itinerario exterior y dejando los jardines de Murillo, nos encontramos por último en la iglesia de San Pedro, en el populoso barrio del mismo nombre. Aquí fué bautizado el 6 de junio de 1599 el gran pintor Diego Velázquez de Silva, cuyo genio artístico dió sobrada gloria a su sangre paterna, pues, como se sabe, el autor de las «Meninas» era hijo del portugués João Rodrigues da Silva, natural de Oporto, que casó en esta ciudad con la dama sevillana Doña Jerónima Velázquez.

Cae la noche como un polen perfumado. Encién-

dense las primeras luces — enciéndense nuevas fascinaciones...

Punto final. Muchos intentarán buscar en estas rápidas páginas una red de leyendas maravillosas, bien o mal zurcidas, con que entretener sus imaginaciones novelescas.

Pero, tratándose de esta ciudad, ¿dónde están, en fin, sus mágicas fábulas y sus paisajes irreales? Es Sevilla tan prodigiosamente moza y tan rejuvenecidamente real que aun incluso lo que sea más abstracto y retrasado en el tiempo, es en ella carne viva de realidad presente. Porque ninguna otra ciudad tiene como ésta un poder de permanencia morfológica tan irradiante y absorbente, cuya acción sutil consiste en integrar continuamente en lo «actual» lo mejor de los elementos estéticos de su existencia milenaria.

Por otra parte, que quede bien sentado que la Sevilla de que hablan fotográficamente estos apuntes, y para la que queremos llamar la atención espiritual de los que nos leyeren, no es la ciudad aparentemente futil y alegre, de toros y panderetas — en el clásico cliché literario de los escritores extranjeros — sino la otra Sevilla, recogida y hierática, grave como un misterio, que los hombres y los libros jamás sabrán entender ni definir.

*Sevilla — Primavera de 1944*

# bibRIA

OFICINA GRÁFICA, LIMITADA  
RUA DA OLIVEIRA DO CARMO, 8  
LISBOA / / PORTUGAL

EDICIONES

SPN  
**biblioteca**  
LISBOA / 1944

*Beau*

*te*